#### CARMEN GURRUCHAGA

### MARILÓ MONTERO

# La maestra

La apasionante historia de María de Maeztu y la Residencia de Señoritas

la esfera ( de los libros

#### Prólogo

«Deseo morir en la religión católica, por la que mi hermano Ramiro dio su vida. Deseo que mi cuerpo, si muero lejos de la Patria, sea envuelto en la bandera española con la insignia de la monarquía, que es a mi entender el régimen de gobierno mejor para el pueblo español. Creo en la Comunión de los Santos, y en virtud de esa comunión, cuando alcance la bienaventuranza eterna, haré que se reinstaure la monarquía en España. Pido a mis discípulos del Instituto Escuela una oración por mi alma, ya que a todos consideré lo mejor de mi vida. No considero como enemigos míos más que a los que impidieron que yo volviese a ocupar mi puesto en España, fomentando la incultura, el mal irreparable que a mí me hicieron impidiendo la prosecución de mi obra educativa».

María de Maeztu

Este es el testamento político que dejó escrito a mano María de Maeztu unos meses antes de morir en Argentina y que al ser conocido conmocionó a muchas personalidades españolas. Ella, al final de la Guerra Civil había confesado: «Ideológicamente yo me encuentro hoy —sin que nadie me obligue a ello—, en la extrema derecha y en el más ortodoxo catolicismo». En el aspecto económico, podría decirse que murió siendo una mujer rica.

Pese a que en Buenos Aires tuvo una vida privilegiada, rodeada de personas amigas y conocidas, siempre quiso recuperar su puesto como directora de la Residencia de Señoritas. De ahí el odio que muestra en su testamento hacia aquellas personas que le impidieron retomar el trabajo emprendido en Madrid en favor de las mujeres universitarias.

Murió en Mar de Plata a los sesenta y seis años, el día 7 de enero de 1948, y el testamento se hallaba depositado en el

Ministerio de Asuntos Exteriores de la capital argentina. Al conocerse el deceso, el Ministerio de Justicia de España reclamó su cuerpo a través del de Exteriores. La certificación para que saliera del país austral fue expedida por el cónsul adjunto y encargado del Registro Civil del Consulado General de España en Buenos Aires.

La pionera en la defensa de la igualdad de oportunidades de la mujer respecto al hombre y en incentivar a esta para que desarrollara aspiraciones superiores a las que tenía en la España de principios del siglo xx, recaló en la capital argentina como consecuencia del estallido en España de la Guerra Civil. Es más, tuvo que renunciar a uno de sus máximos anhelos, que era el de ejercer como catedrática de Pedagogía, cargo que le había sido otorgado en junio de 1936 y que, sin embargo, nunca pudo desarrollar por el golpe de estado del 18 de julio de ese mismo año.

A María de Maeztu, el estallido militar la pilló fuera de España y, aunque volvió rápidamente, perdió el trabajo de su vida, la obra a la que había dedicado los últimos veintiún años, el de directora de la Residencia de Señoritas. Y su queridísimo hermano, Ramiro, fue asesinado en octubre en Aravaca después de una «saca» de conocidos derechistas de la cárcel de Ventas, cuando un grupo de incontrolados mató a una serie de presos, personas importantes en la vida política española.

Con la ayuda de algunos amigos como el entonces ministro de Estado, Julio Álvarez de Vayo, entre otros, pudo salir de España rumbo a Buenos Aires, donde llegó sana y salva, pero anímicamente destrozada. Era una mujer que, a lo largo de décadas de vida laboral, había tejido una amplia red de importantes relaciones en ámbitos universitarios de todo el mundo occidental. Por eso, en 1937, le habían ofrecido una cátedra en el Bernard College de Nueva York, que rechazó porque era «un

puesto innecesario» creado especialmente para ella, según sus propias palabras.

Así que, decidida a quedarse a orillas del Río de la Plata e instalada en la calle Viamonte, una de las zonas nobles de la capital, vuelca todos sus esfuerzos en fundar una residencia en Buenos Aires, donde contaría con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública, pero que nunca se haría realidad. En cambio, ocupa una cátedra de Historia de la Educación en la universidad bonaerense. Además, mantiene colaboraciones en el prestigioso diario *La Prensa* y disfruta de la posibilidad de dar conferencias, muy bien pagadas, en distintas ciudades del Cono Sur. Con todo ello, tenía un muy buen pasar.

No vuelve a España hasta 1945, donde es muy bien recibida por sus discípulas y por sus alumnos, sus amigos y amigas. Se muestra feliz de encontrarse nuevamente en su patria y en una entrevista que le hace el diario ABC, se declara convencida de que «a España, y con España a la América Latina, le va a tocar un papel muy importante en la nueva Era que ahora comienza». Regresó a Buenos Aires a continuar con su vida laboral y social y, estando de vacaciones en el balneario argentino de Mar de Plata, en casa de una amiga, sufrió una angina de pecho y falleció repentinamente. En la misma ciudad se encontraba veraneando José María de Areilza, embajador de España en Argentina. El diplomático se hizo cargo del féretro, que trasladó al edificio de la embajada de España en Buenos Aires y de allí a la iglesia del Pilar, donde se celebró una misa de cuerpo presente. Después se embarcó con destino a España, para ser enterrada en el panteón familiar de Estella.

Su certificado de defunción se halla depositado en los archivos de la municipalidad del partido General Pueyrredon, provincia de Buenos Aires, cuya ciudad más importante es Mar del Plata.

## Comienza la labor docente de María de Maeztu. La escuela para niñas desfavorecidas en Bilbao. Proyecto de la Residencia de Señoritas

«Juanita, ¡qué van a hacer estas dos hijas nuestras sin hábito y sin votos!».

José Ortega Munilla a Juana Whitney

Las mujeres seguimos generando desconfianza por muchos siglos que pasen. Solo cuando una ya ha demostrado mil veces su capacidad y talento es cuando la gente empieza a tenerte un poco de respeto. Suelen ser los buenos amigos quienes, compartiendo tu proyecto, orgullosos, son los primeros en pregonar tus hazañas. Yo he recibido el apoyo de tu hermano José Ortega, pero, pocos, por no decir nadie, imaginarían que yo iba a ser capaz de crear la primera Residencia de Señoritas de España. Hoy, mi querida amiga Rafaela, eres testigo de cómo tras esta puerta voy a comenzar mi «obra».

Rafaela delataba su emoción con una respiración agitada que hacía subir y bajar su pecho. Parecía que le iban a estallar los pequeños botones del vestido que llevaba abrochado desde los tobillos hasta la barbilla. Miraba a un lado y a otro de la calle, como si estuviéramos robando. No salía de su boca ni una sola palabra. Introduje la llave en la cerradura del portal de la

calle Miguel Ángel número ocho de Madrid, e inevitablemente me recorrió un estremecedor escalofrío por todo el cuerpo, que me llevó a evocar cuando, doce años antes, el 22 de noviembre de 1902, abrí mi primera escuela, la Escuela de Párvulos del 4.º distrito de las Cortes de Bilbao. Solo tenía veintiún años.

Recuerdo que era la primera vez que caminaba por esa calle oscura de Bilbao. De algunas ventanas iluminadas por una tenue luz colorada salían gemidos de ardientes placeres. También se filtraban los clímax de los orgasmos masculinos y gritos penetrantes de mujeres por las contraventanas oscuras. El alba empezaba a iluminar las viviendas sociales de San Francisco, el barrio de prostitución de las Cortes de Bilbao, el suburbio más pobre de la ciudad. Entre los portales busqué el número ocho, donde debía estar mi puerta. La de una Escuela que no estaba dentro de la lista de centros, y donde, por las oposiciones que había ganado, podría impartir clases como maestra, título que obtuve con la nota de sobresaliente en la Escuela Normal Superior de Maestras de Vitoria, donde hube de matricularme como alumna de libre enseñanza. En Bilbao, donde vivíamos, no había posibilidad de estudiar Magisterio. Tras los resultados alcanzados en mis estudios en Vitoria me presenté a las oposiciones de maestros nacionales en Valladolid, quedando en un sexto puesto. Quise tener el control sobre mi futuro, por lo que me trasladé a Madrid para pedir el permiso especial que concedía el rev Alfonso XIII para ocupar mi plaza en Bilbao. Mamá habló también con Álvaro de Figueroa Torres, el conde de Romanones, para que me trasladaran de donde me había tocado la plaza, en Santander, hasta Bilbao para estar cerca de mi familia. Lo conseguimos y pude ejercer de maestra con escuela propia en el lugar donde sabía que más se me iba a necesitar.

Encontré la puerta porque aún quedaba un pedazo del número roto colgando de un clavo oxidado. Introduje la vieja y pesada llave de forja en la cerradura. Acerté porque se abrió haciendo sonar un ruido de las bisagras oxidadas tan chirriante como inquietante. Era la primera vez que iba a acceder a ese espacio donde nacería el destino de mi vida, que quedó tallado en el epitafio de mi tumba.

Permanecí un buen rato sola, encerrada en aquel lugar oscuro observando cómo todo estaba lleno de polvo, de telas de araña en cuyas redes estaban atrapados varios insectos. Había suciedad por el suelo, las paredes agrietadas por el abandono y los ventanucos desvencijados repudiaban la entrada de luz. El techo era de tragaluces de viejos paneles de plástico rayado, por donde la sala podría bendecirse con los rayos del sol y por la ilusión que deseaba imprimir en mi primera escuela. Alguna rata echó a correr ante una inusual presencia. Recorrí toda la estancia mientras trataba de reconocer los diversos elementos que ahí yacían. Bártulos que me hicieron dudar si aquel habitáculo hubiera podido ser, en algún tiempo, un almacén de muebles, un frontón o un teatro. ¿Quién sabe? Poco me importó porque, después de muchas batallas con el ayuntamiento, al fin había conseguido un espacio donde educar a las mujeres, donde impartir educación a las niñas perdidas en la suerte de un destino muy desdichado.

Estudié Magisterio gastando más tiempo en luchar porque me dejaran matricularme que en mi preparación. Solo una mujer había conseguido entrar en la universidad. En el siglo XIX más del setenta y cinco por ciento de los españoles eran analfabetos y entre las mujeres casi el ochenta y seis. Muy pocas féminas querían estudiar. O, mejor dicho, a casi ninguna le dejaban cur-

sar estudios según las leyes de momento. La sociedad dirigida por una avasalladora masculinidad nos relegaba a que fuésemos mujeres que atendieran bien las tareas del hogar. Si algunas sacaban arrojo para estudiar se inclinaban hacia temáticas que tuvieran relación directa con el cuidado de hogar, de sus maridos y los entretenimientos sociales. En realidad, estaban destinadas a sus «labores» y como mucho, a estudiar lectura y escritura, pero casi ninguna mujer, muy pocas, se interesaba realmente por las matemáticas y otras disciplinas similares. A fin de cuentas, tenían asumido que sus maridos eran los responsables de la economía familiar. Ellas debían lucir bellas, elegantes, y si tenían habilidad con el canto o el piano eran, entonces, las anfitrionas perfectas.

Mi amiga María Josefa, de una renombrada y adinerada familia, me contaba cómo memorizaba varias frases en francés para aspirar a conquistar a un hombre que fuera un buen partido para ella. Completaba su formación con alguna clase de piano para amenizar las reuniones que se celebraban en su casa, donde con su lucimiento embelesaría a algún pretendiente. Sus hermanas pequeñas estaban aprendiendo a bordar. Se pasaban horas adornando con delicado hilo pañitos de encaje y, quizás, alguna más osada se inclinaba por la pintura. María Josefa me confesó, entre risas, que a la mayor de sus hermanas, Soledad, le gustaba pintar, pero que papá y mamá solo le permitían que hiciera bodegones, paisajes y algún atardecer. Los retratos de los hombres le estaban prohibidos y más aún dibujarlos desnudos. Una vez quiso pintar a su profesor de arte y al descubrir su padre el lienzo del maestro de pie, apoyando su brazo derecho sobre una columna de mármol y mostrando todo su torso velludo y sus genitales colgando, estuvo castigada un mes sin poder salir a dar el paseo vespertino. Por supuesto, le prohibieron seguir recibiendo clases de pintura. Aquello estaba considerado como una auténtica aberración. En una ocasión, María Josefa fue a recoger a clase de pintura a su hermana Soledad y pudo ver que el tutor tenía apilados en el suelo un montón de cuadros de sus musas a quienes pintaba casi siempre desnudas. Entre ellas su propia hermana.

En aquella época se mantenía en vigor la Real Orden de 11 de junio de 1888, promulgada por el rey Alfonso XIII, que admitía que las mujeres estudiaran, pero para poder acudir a la universidad como estudiantes privados debían pedir una autorización al Consejo de Ministros, que dirigía el conde de Romanones. Sin duda alguna, esta disposición del Estado era un freno para la dinamización de los impulsos femeninos hacia los estudios.

Recuerdo que yo tendría unos diez años cuando mi madre me contó una historia fascinante. No es que estuviera prohibido por ley que fuéramos a la universidad, pero la presencia de una chica en las aulas, repletas de hombres, era motivo de rumores y comentarios insoportables. La sociedad, simplemente, no lo toleraba. A fin de evitar semejantes humillaciones y distracciones, Concepción Arenal se disfrazaba de hombre para asistir a las clases. Tenía cumplidos los veintiún años cuando afrontó con rotundo valor el poder ingresar como oyente en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid. Para evitar problemas decidió cortarse el pelo a lo chico y vestir con levita. Cubría todo su cuerpo con una capa negra de hombre y un sombrero de copa que había sisado en su casa. La historia que me estaba relatando mi madre me resultaba sensacional. Siguió narrando la heroica batalla de esa mujer. Cuando todos los estudiantes ya habían entrado a clase, un bedel la recogía para acompañarla hasta una sala vacía. Allí debía esperar a que el profesor

de la materia fuese a por ella para llevarla hasta el aula donde la sentaba en una esquina como oyente. Al terminar se volvía a producir el mismo trámite, pero a la inversa. El profesor la llevaba a esa habitación vacía y el bedel la acompañaba hasta la puerta del claustro, donde era recogida por un familiar que la custodiaba cada día hasta la universidad.

Un día, el rector empezó a sospechar el motivo por el cual ese joven misterioso apenas se quitaba el sombrero, caminaba cabizbajo por la universidad y siempre estaba leyendo. No se relacionaba con sus compañeros. Ni ellos podían presumir de serlo. Así que le citó en su despacho para preguntarle si había algún problema con su integración. Concepción no pudo, entonces, evitar ser descubierta. El rector le permitió continuar sus estudios que duraron tres años. Al final, Concepción consiguió más que su deseada licenciatura de Derecho. Logró ser periodista y escritora. Se convirtió en una auténtica pionera del feminismo, de las ideas liberales y progresistas. Pero mi madre remató la historia confesando que siguió vestida de hombre hasta cuando daba conferencias e impartía charlas en público. La experiencia de esa maravillosa mujer resultó una gran inspiración para mí, ya que luchaba por lo que creía que era justo. Mi madre me decía que desde bien pequeñita yo era feminista. Le pregunté qué significaba eso y me contestó que era el derecho a tener las mismas oportunidades hombres y mujeres. Pues sí, en medio de tantos trastos rotos mi esperanza era elevar entre aquellos muros una escuela para las mujeres.

Si a alguien debo agradecerle que emprendiera la aventura de aquella nueva escuela, mi primera escuela, es a mi madre. Estudié gracias a ella, que nos educó a los cinco hermanos con mano severa y firme. No es una mujer común, puesto que al ser hija del cónsul británico en París creció en un ambiente culturalmente rico e intelectualmente abierto al mundo. Mi madre es una señora con gran personalidad, cosmopolita y liberal, muy alejada de las usuales costumbres españolas, aunque se integró a la perfección en España tras casarse con mi padre, de origen vasco, pero cubano de nacimiento. Aún conserva el acento francés. De hecho, la llaman «la francesita», va que era el idioma que se hablaba en su casa, aunque sus padres eran británicos. Su vida era muy atractiva para las charlatanerías que circulaban por Vitoria: veían a una mujer formidable por su gran personalidad marcada, cosmopolita, liberal, que hablaba con acento francés, pero también dominaba el inglés. Que venía de Inglaterra, pero que había nacido en Niza, y que conoció a mi padre —un vasco— en París cuando ella le daba clases de idiomas. Pero Joan Whitney, Juana como la llaman por aquí, es mucha mujer y muy respetada por todos. En Vitoria nadábamos en la opulencia gracias al trabajo de papá en Cuba, donde tenía haciendas de cuyos ingresos vivíamos todos. He de confesar que su repentina muerte no solo nos dejó huérfanos de sus escasas presencias, también de su gran cultura y amor. Su muerte nos llevó casi a la ruina. Mamá hubo de vender los caballos y carruajes con los que nos dábamos señoriales paseos por la ciudad. Se vio obligada a despedir a los criados que habían sido instruidos expresamente por ella para que atendieran a los invitados con la mayor cortesía, teniendo además en cuenta que ella convertía nuestra casa en un lugar donde celebrar elegantes comidas, en las que reunía a los grandes ilustres del momento. A casa venían políticos, escritores, artistas, poetas... aquello parecía más una institución cultural que un simple hogar.

Todo el dinero se lo quedaron los lejanos administradores cubanos y unos pleitos que duraron años. Desde aquí nadie ponía interés por sus propiedades, así que nos quedamos sin aquel patrimonio. Pobre mamá. Quedó sola, criando a sus cinco hijos. Pero lejos de hundirse dirigió los nuevos destinos de su familia con vigor y excelsa organización para decidir el porvenir de cada uno de nosotros. Montó una escuela en la calle Ledesma de Bilbao a la que llamó Academia Anglofrancesa. Academia de Señoritas. Y seguramente a causa de aquella experiencia que juntas compartimos dando clase a los niños, es este mi destino, es esta mi vocación, es esta mi obra. Me ha venido a la mente un libro que me regaló mamá: *Choix de Lettres*, de Madame de Sévigné, en el que me escribió una dedicatoria que revelaba los valores que quiso inculcarnos para afrontar la vida con determinación:

#### A mi hija María:

Como cariñoso recuerdo del día en que te hiciste maestra elemental con brillantes y merecidas notas de sobresaliente, y no olvides nunca, queridísima hija, que, si el saber es uno de los más bellos adornos de la mujer, la discreción y la bondad son el valioso marco donde brillan en el hogar las madres, las esposas, las hijas y las hermanas.

Tu madre, Juana

Allí creé mi escuela, justo en la zona del 4.º distrito de Las Cortes de Bilbao, en el barrio de San Francisco. Aunque era una joven maestra sabía que lo primero que necesita una escuela era limpieza, orden, sillas, alguna mesa y una pizarra. Emprendí camino a casa y me proveí de una escoba de paja, un cubo de agua, cepillos para raspar el suelo y periódicos con los que poder limpiar los cristales de las ventanas. Conseguir que aquel almacén o antiguo frontón se convirtiera en una escuela fue una obra tan titánica como placentera. Trabajaba de día y hasta muy tarde por la noche. Mis hermanos también se entusias-

maron con mi proyecto. Ángela, muy inteligente y divertida, me ayudaba a sacar punta a los lápices que me llevaba a casa para que durasen más. Durante días enteros la veía rodeada de telas con las que confeccionaba cortinas para decorar las ventanas y disimular los patios de vecindad. Ella misma solicitó al Ayuntamiento, que daba pocas ayudas a la enseñanza pública, que le facilitasen unas cortinas para resguardarnos del calor que penetraba por las claraboyas del techo. Incluso pintó biombos que colocamos delante de la calefacción para taparla. Mi hermano Gustavo, el pintor, me regaló un montón de sus sensacionales dibujos con los que decoré toda la escuela. Mi amigo el poeta Ramón Basterra me obsequió con un montón de poemas para ponerlos por las paredes y que pudiera disfrutarlos todo aquel que nos visitara. A los pocos días aquello ya tenía aspecto de poder recibir a mis primeras alumnas.

Yo era desconocida en el barrio. Al terminar la reforma en la que convertí aquel local en una digna escuela, colgué un cartel en la fachada y esperé sentada en mi despacho a que sonara el timbre. Los días pasaban como las hojas de un libro aburrido. Viendo que nadie se animaba a entrar tuve que salir a patear la calle. Fui de puerta en puerta, hablando con las vecinas, cuyas vidas durante el día no delataban lo que hacían por las noches. Eran señoras cargadas de hijos que correteaban sin rumbo por las cuatro calles. Mujeres que por falta de conocimiento e inaccesibilidad cultural no consideraban asequible la escuela para sus hijos. Eso de estudiar era cosa de ricos y aristócratas. En el mercado, mientras compraba fruta y verdura, leche para los niños y pan para comer la familia, decidí conocer a cada una de ellas y así llamarlas por su nombre y ser correspondida. Ese barrio era especialmente desconfiado. Era el lado oscuro de Bilbao. A una de las

vecinas del piso de enfrente, que tenía tres hijas, le comenté que había creado una escuela para enseñar a las niñas a leer, escribir, algo de matemáticas, gramática, algún idioma, filosofía y piano. Por supuesto, ella no quiso escucharme, agarrando a sus niñas para que regresaran de inmediato a casa. Todas las vecinas con las que hablé se mostraban huidizas. Me veían como a una mujer que se salía de las normas legales, sociales, y por ello consideraban que podría traerles problemas. Tras muchas luchas sobre cómo conseguir alumnas para mi escuela decidí cambiar mi argumento. Convencí a casi todas las mujeres del barrio de prostitución de las Cortes de que mientras ellas trabajaban en sus casas yo tendría a las niñas en las aulas, y así podrían evitar que las pequeñas incomodaran sus tratos sexuales. Al final, al cabo de los meses, en los que cayeron las hojas del otoño, pasaron los fríos y floreció una primavera, varias madres me encomendaron a sus hijas mientras ellas atendían a sus «huéspedes» durante la jornada. Así conseguí a mis primeras alumnas. Pronto la voz se corrió por el barrio y las prostitutas vieron en mi escuela, más que un lugar de aprendizaje, una oportunidad de liberarse de sus hijas mientras en casa tenían que trabajar como profesionales del sexo. Fui consciente del impacto que había supuesto el hecho de establecer mi escuela en el barrio de las putas cuando las vecinas suspendieron los bailes y guardaban el más profundo silencio durante el día para no interferir mis labores docentes. Corrí el visillo de la ventana de mi despacho cuando advertí que la banda sonora del sexo se había apagado. O las putas dejaron de trabajar de día para no molestar durante las clases a sus propias hijas, o aprendieron a hacerlo en silencio al objeto de que la hija de cada prostituta no tuviera motivo de distracción ni reconociera su voz.

La Escuela de Párvulos del 4.º distrito de las Cortes de Bilbao estaba llena de criaturas a las que daba clase desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde. Luego tenían libertad de regresar a sus casas o de quedarse para hacer las tareas en silencio, lejos de los gemidos que en sus casas invadían cada rincón. Íbamos ganando en confianza. Con mi paga de maestra compraba en el viejo mercado piezas de tela con la que les tejía delantales a las niñas y les regalaba barras de jabón, de tal manera que no tuvieran en casa excusas para no asearlas. La higiene es fundamental para su salud y dignidad. Conseguí que muchas de mis discípulas pobres, y hasta con padres desconocidos, fuesen a clase limpias y resplandecientes. Aceptaron con alegría el placer de vestir con ropa limpia cada día. Ayudó a ello que yo siempre cuidara, como mi madre me inculcó, mi vestimenta. Iba cada día con una falda hasta los tobillos y mis blusas no dejaban ver ni un ápice de mi escote. Lavaba la ropa a diario, como debe ser. La mayor parte del año usaba unos botines negros victorianos. Me sentía cómoda y los tacones bajos, gruesos y de goma, no delataban mi presencia al caminar. Siempre iba a clase con un sombrero, lo cual me llevó a ser bautizada cariñosamente en el barrio como «la maestra del sombrero». Ese viejo almacén o teatro, lo que fuese, quién lo sabe, se llenó de sonrisas, confianza y educación. Apliqué nuevos métodos de enseñanza. Con frecuencia me llevaba al grupo de estudiantes a la calle porque prefería que aprendieran de manera empírica y asimilaran mejor las materias cuando las mantenía en contacto con la realidad. Hui de obligarlas a estudiar de memoria. Es costumbre ofrecer a los niños libros de texto con los que estudiar de manera memorística, práctica que lleva, a la mayoría, a odiar los estudios porque se pueden hacer muy pesados. Yo prefiero que se acostumbren a interpretar el sentido de las cosas que oyen, a reconstruir las ideas recibidas, a estudiar y pensar por sí mismos, según sus

propias energías y facultades, puesto que la función intelectual es, además, asimiladora y productora. Es verdad el dicho antiguo de que «la letra con sangre entra», pero no ha de ser con la del niño, sino con la del maestro.

En la escuela encontraron su principal disciplina. El lugar se llenó de flores, de niñas y de pinturas. Llegó a ser el rinconcito más plácido y bello de la primera enseñanza. Eso me lo decía mi madre cuando regresaba de trabajar, tras contarle las cosas que había logrado cada día. Y cuando me ofrecieron irme a las elitistas Escuelas de Berástegui, que estaban cerca de nuestra casa, ella me dijo: «María, has conseguido los prodigios más gloriosos que puedas alcanzar en tu carrera de maestra en esa pequeña escuela de párvulos. Renunciar al cambio que supone un ascenso de categoría académica es un rasgo de tu verdadero apostolado». No quise apartarme de mis niñas pobres del barrio de las Cortes, a las que llegué a querer tanto como en igual medida me quisieron ellas a mí. No podía dejarlas, abandonarlas en pleno objetivo vital, de un proyecto con el que se evadían de la realidad de sus hogares desordenados por un enredo de hechos que pregonaban los desastres de cada familia. Se ilusionaban con poder ganarse la vida gracias a su cultura y talento, con los que poder corregir el camino al que estaban irremediablemente abocadas. Hubo una discusión en mi casa con mi hermana Ángela, quien me recriminaba el hecho de trabajar de balde en el barrio más pobre. Le contesté que con quien no podía «frente a mis niñas pobres», era con «aquellos niños de terciopelo...». Pero... ¡qué digo! Qué culpa tienen ellos, solo son niños.

—¡Madre mía!, y ¿cómo vamos a conseguir alumnas para llenar esto, María? —Rafaela Ortega había estado vagando por el edi-

ficio de Miguel Ángel, en Madrid, oteando sus posibilidades para convertirlo en un centro educativo para mujeres. Yo aún permanecía sentada, absorta en mi pasado.

—No te preocupes —le dije disimulando que repentinamente volvía a la realidad—. Pondremos anuncios en los periódicos y pediremos que nos hagan algunos reportajes de prensa. Tengo varias amistades que nos ayudarán a dar a conocer la Residencia de Señoritas.

El provecto de abrir una Residencia de Señoritas en Madrid fue promovido por la Junta de Ampliación de Estudios, cuvo comité directivo encargó a su secretario ejecutivo, José Castillejo Duarte, que iniciase el proyecto. El Comité me eligió para que yo fuera la responsable de llevar adelante esta iniciativa que, según palabras de la Memoria de la Junta, está destinada a muchachas que sigan sus estudios o preparen su ingreso en las facultades universitarias, Escuela Superior de Magisterio, Escuela de hogar y otros centros de enseñanza, y a las que privadamente se dediquen al estudio de bibliotecas, archivos, clínicas, etcétera. Quiere ofrecerles un hogar semejante al que tienen los estudiantes masculinos en el grupo universitario. Por ello se llegó al acuerdo de que la Residencia se abriera el 1 de junio de 1915. Empezamos a trabajar sin descanso. Los días pasaban y mi preocupación iba en aumento. Solo tres alumnas, venidas de Cataluña, se habían matriculado tras la inauguración en el mes de octubre. Si no conseguía al menos cinco, la Junta de Ampliación de Estudios me retiraría las ayudas y cancelarían el proyecto para mi obra.